

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 20 MARZO 1897. NÚM. 12

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral

A LUIS BONAFoux

En París.

Querido amigo: Veo con gusto que la jauría clerical aulla á usted furiosa. ¡Bah! Un puntapié y adelante.

Si; rebajamiento de caracteres, resignaciones de eunuco, y mucha inmoralidad, y mucha podredumbre, y muchos frailes, y devotos por oficio y devotas por vicio... Esto hay en España, más degradada hoy que cuando el Hechizado reinaba.

Lenta ha sido la labor, pero de éxito seguro: corromper, encanallar á los españoles para ponerlos en perfectas condiciones de sufrirlo todo, esto se propusieron y esto han conseguido.

El despertar de los sueños de felicidad que los restauradores pintaban al país, ha sido terrible. Todo ha resultado mentira, menos el robo y el saqueo, durante los últimos veintidós años: mentira el bienestar, porque únicamente vivían los que chupaban la savia de la nación; mentira la prosperidad, porque sólo se elevaban los tahures de la política, los usureiros del Estado, los agiotistas de la fortuna pública; mentira el orden, porque no era más que la calma que precede á las grandes tempestades; mentira la moralidad, porque en época ninguna medraron más todas las prostituciones, del cuerpo y del espíritu.

Para llamar la atención á otra parte, á fin de poder continuar tranquilamente acabando con el país, pusieron en moda la devoción, recogieron la escoria clerical arrojada de Francia, y hoy está convertida España en un gran convento donde se conspira contra todo lo honrado, se calumnia todo lo digno, se persigue todo lo decente.

No hay vida fuera de la Iglesia; todo, más ó menos directamente, se halla en sus manos; de aquí que se haya atrevido ya á descubrir claramente su propósito de ir matando de hambre al que no puede quemar como en tiempos de la Inquisición, ahorcar como en los de Fernando VII, ó echar á presidio y deportar como en los de Narvaez. Ser hoy liberal al estilo antiguo, es decir, con vergüenza, es condenarse voluntariamente á la miseria. Por esto los ganapanes de azada, título académico, ó pluma, como las fregonas de camisa burda ó falda de seda, se acogen á los conventos y asilos; instinto de conservación, no fe religiosa: como en ellos encuentran alimento, protección ó impunidad, acuden á bandadas.

Todo se arruina lentamente en España; sólo la Iglesia se alza poderosa. Todos lloran; sólo la Iglesia canta. Por todas partes quejas, reclamaciones, súplicas.. La miseria invade, no ya el hogar del obrero, del que jamás se apar-

tó, sino el de la clase media. Los que tienen mucho dan algo, pero es á las gentes de Iglesia; los que mueren les dejan sus bienes...

Se cierran fábricas y talleres; á los labradores pobres les venden las fincas para satisfacer los impuestos, y no se procede contra los ricos que ocultan las suyas; emigran por millares los jornaleros á Africa y á la América del Sur, y se subvencionan cofradías y fiestas religiosas; se regalan mantos de fabuloso valor á las vírgenes de madera, y las de carne tienen que dejar de serlo para vivir; los curas están al corriente hasta de las pagas que la revolución dejó de abonarles porque no fueran íntegras á manos de los carlistas, y los militares que se baten en Cuba las reciben con retraso.

Los catedráticos son perseguidos por los obispos; anteayer Arenas, ayer Odón de Buen, hoy Dorado Montero... y ¡oh cobardía! ni una voz poderosa levántase en defensa suya, ni una protesta colectiva de sus compañeros, entre los cuales figuran republicanos y liberales de influencia y prestigio. Todos callan, sea por indiferencia, sea por temor á que la persecución les alcance. Esto avergüenza, Bonafoux. ¡Cuán lejos estamos ya de aquellos tiempos en que Laureano Calderón y Augusto Linares arrostraban el despojo, la prisión y el destierro por no transigir con la reacción que se iniciaba, lo mismo que hicieron por aquel entonces Giner de los Ríos, y el mismo Salmerón, que ahora permanecen mudos!

Al que no se confiesa á la hora de morir se le niega sepultura; al que no se descubre al paso de una procesión se le da un garrotazo; al que discute un punto del dogma católico se le envía á presidio; escárnécense á los protestantes ó insúltase á los masones... Y todo esto se tolera por los llamados liberales, á sabiendas de que la religión sólo sirve de máscara á la política hipócrita y miserable que trata de matar el espíritu revolucionario para sustituirle, ó con el histerismo religioso que enerva al par que pervierte, ó con el escapulario de *detente bala* por si mañana se le escapase de la mano la influencia que ejerce hoy; política cobarde que culebrea desde el Quirinal al Vaticano, acuchilla á los estudiantes, odia la ciencia y encarcela al escritor, y que vive y se sostiene y sostendrá mientras los liberales no se convengan de que el interés de todos, porque en ello va la honra de la patria, está en declararles guerra de exterminio.

Al ejército lo están preparando para don Carlos. Ya los soldados llevan escapularios como las *honradas masas* de asesinos de Cuenca, Olot ó Igúzquiza; entre sus jefes, los hay que tocan sus condecoraciones en la momia de San Isidro, y entre sus generales, quienes cargan con pendones en las fiestas religiosas. Los soldados van á Cuba y Filipinas blindados de medallas; cuando se baten y triunfan, no es de ellos la gloria, sino de la Providencia, del santo del día. Se les regatea hasta la honra de saber morir dignamente por la patria.

El ejército no es, no puede ser nunca carlista; se lo vedan sus convicciones, su historia, la sangre que ha derramado por la libertad, y si esto no bastare, se lo vedaría el instinto de conservación: el día que D. Carlos se viera en el trono, mandaría á su casa á los generales, jefes y oficiales para colocar á los suyos; pero esto no quita para que se procure por todos los medios empujarlo hacia la reacción por el camino religioso.

La ley se aplica hoy á capricho del partido que manda; los jueces condenan á presidio al que combate un punto del dogma ó discute un milagro; en cambio se detienen ante los con-

ventos y los palacios episcopales: dígalo Calvo y Valero, el del legado de Igareda.

Los ministerios, los altos cuerpos del Estado, las Academias, las Universidades dan contingente crecido á las fiestas religiosas, que se celebran, ora para que llueva, ora para que no; ya para dar gracias al cielo por cualquier cosa, ya para pedirle que acabe la guerra.

Del periodismo, religión de descreídos, pero gran fuerza social, ya le hablé á usted en el número anterior. Los espíritus rectos son tan pocos, que no pueden oponerse á las corrientes del mercantilismo que en él predominan. Entrar en un periódico, es tomar un oficio. Se defiende al que paga. ¿Acaso el peon de albañil no construye lo mismo templos que lupanares?

Abogados, industriales, comerciantes, ¡hasta los cómicos! ¡hasta los médicos! tienen santos titulares, se reúnen en cofradías, celebran fiestas y se cuelgan cintajos con imágenes y letreros; ¡hermanos de tall!... ¡hermanos de cual! que hacen recordar á Cain. Ahora se trata de que los periodistas aceptemos por abogado á San Saturnino.

Aquí se celebra una rifa para comprar un riquísimo manto á una imagen; allá se levanta un soberbio edificio religioso con el dinero de los fieles; ésta asociación prepara grandes fiestas para festejar el día de su patrono; aquella hermandad dispone una romería en honor del suyo; una comisión pide para el dote de una joven que aspira á convertirse en esposa de Cristo; otra recauda para edificar un templo; un aristócrata muere y deja por herederos á los jesuitas; una señora se encierra en un convento y enriquece á la comunidad; las hermanas de la caridad no pueden colocar en sus coches los donativos en especie, amén de las cuantiosas mandas que reciben en dinero; los pórticos de las iglesias son bazares donde todo se subasta; una papeleta de 10 céntimos abre las puertas del Paraíso.

Y por si esto no bastare, en cuantas ciudades, villas y aldeas tiene España, lo mismo en el púlpito que en el confesonario, en la prensa que en el Ateneo, en el taller que en el almacén, á la puerta del comercio como á la de la iglesia, se pronuncia ó se escribe esta frase: *¡Lámosna para el Papa!* Y la mujer honrada al par que la prostituta, y el hombre serio á la vez que el libertino, la repiten, esforzándose por figurar los primeros en las listas de suscripción.

Se levantan conventos por todas partes, y no hay caldo en los hospitales; los hogares están perturbados por la ingerencia clerical; los padres de hijas con dote tienen que tomar precauciones para que no se las secuestren; las madres con hijas hermosas las buscan desoladas por los asilos religiosos; los seminaristas y aprendices de fraile se hallan exentos del servicio militar.

Los duendes han resucitado, las almas en pena piden sufragios, las vírgenes se aparecen, los santos curan enfermos, los endemoniados gritan en las iglesias, los misioneros preparan la guerra civil, los fieles alborotan en los rosarios de la Aurora, los curas ahuyentan la langosta y otras plagas á hisopazos y latines... Y salen todos los días apóstoles curanderos; y los ciegos cantan milagros por las calles entremezclados con hazañas de bandidos; y se pide á Dios que retire las aguas en las inundaciones; y se bendice todo, hasta lo podrido. Pero ¿qué más? Los bandidos que mata la Guardia civil llevan al cuello tres ó cuatro escapularios; calcule usted por este dato cuántos llevarán los que no se ponen al habla con

ella. Y ahora que trato de esta gente, no quiero que se me pase decirle que muchos concejales republicanos asisten á las fiestas religiosas, que se pagan con fondos del municipio.

Los jóvenes son hijos, ó de San Luis ó de San Ignacio, ó de cualquier otro santo; las jóvenes, hijas de María en sus múltiples advocaciones, ó del Corazón de Jesús; las hay reparadoras, no sé de qué, siervas, esclavas; el asunto es tener un pretexto para echarse á la calle con el devocionario en la mano, y... Detengámonos en el dintel del escándalo.

No se da un paso sin tropezar con un cura, un fraile ó una hermana de la caridad. No se recorren veinte metros sin divisar un convento, una capilla, una iglesia ó un asilo benéfico; no transcurre un día sin recibir una circular católica en demanda de limosna. Las companillas de las casas, movidas por manos de fregatrices con tocas, no dejan de sonar. Celébranse fiestas á diario; cuándo el rosario, cuándo la novena, cuándo la procesión. Y mucho cirio, y mucho perfume; y en los ricos vestidos de las imágenes muchas joyas, y mucho oro y mucha pedrería en los de los ministros del altar.

Hoy no se respira en esta nación mas que por los pulmones de la frailería, la clerigalla y el monjío; hoy no se leen mas que oraciones, relatos de milagros ó insultos á la libertad. Las mujeres no piensan en otra cosa que en acudir á los templos á oír sandeces é inmoralidades, cuando no en practicarlas al salir. Los hombres, unos por hipócritas, otros por malvados y muchos por débiles, permiten que en sus familias se introduzca la serpiente negra, aun cuando se enrosque á su fortuna ó á su honor; de ahí esas donaciones escandalosas, esas jóvenes deshonradas, esos encierros á viva fuerza en los conventos, esos crímenes contra natura que escandalizan á esta que fué siempre patria de hombres viriles.

Y mientras tanto, las alhajas de los templos desapareciendo con todo lo que tiene algún valor histórico ó artístico; ideas de odio y exterminio vertiéndose en el púlpito; coro de maldiciones resonando en los templos... Y como consecuencia lógica, un pueblo embrutecido, fanatizado, hambriento, sin conciencia de su deber ni idea de su dignidad, que contribuye á todas esas farsas con su quietismo y se deja morir cobarde y resignadamente por esas aldeas, esos talleres y esos campos.

Y al compás de esta orgía de devoción, de esta danza macabra de virtudes abominables se pierde y se hunde cuanto constituyó siempre el orgullo de este pueblo, porque falta aquí de moralidad lo que sobra de cobardía. La misma ganzúa que sirve para forzar la caja de valores, se emplea en abrir la del cielo; la prostitución dorada comienza en la alcoba la frase *¡yo te amo!*... dirigida al amante, y la termina en el templo añadiéndole un *¡Dios mío!* Se va de Sodoma á Jerusalén en quince minutos... El diablo acompaña sonriente á pecadores y pecadoras hasta la puerta de la iglesia y aguarda tranquilo á que salgan para cogerse á su brazo de nuevo.

Y á todo esto, los hospitales tienen que rechazar los enfermos por falta de sitio; en los asilos religiosos se roba, se baila y algo más, y en las inclusas los niños se mueren de hambre; hay ama que se encarga de tres ó cuatro, y no cobra después. Y allá, en el fondo de esos tristes tugurios habitados por las clases productoras, tragedias terribles en que el hambre ejerce de protagonista.

Y los redimidos por Mendizabal, los hijos de los que derramaron su sangre por matar el predominio clerical, apenas si paran mientes en lo que nos rodea; y ven alzarse conventos á porrillo, estafar el dinero á los fanáticos por todos los medios imaginables, secuestrar jóvenes de ambos sexos para llenar los conventos; apoderarse bajo pretextos caritativos de escuelas, asilos y hospitales; fundar asociaciones con aparente carácter religioso, pero en realidad

para preparar la nueva guerra civil, corriendo impunemente de un lado á otro frailes y monjas con órdenes de organización y propaganda, y callan como si sobre ellos no hubiera de desplomarse la avalancha.

Una sola esperanza queda, como ya le he dicho: que esas multitudes hambrientas y desarrapadas, por instinto más que por convicción, se alcen un día, y con el hierro curen la gangrena social, y con la tea purifiquen la atmósfera saturada de miasmas de podredumbre, poniendo en el fiel la balanza de la justicia.

Si no justificaran la revolución los despilfarros y las inmoralidades de los monárquicos, la justificaría el deber en que estamos todos de romper la red infame que el clericalismo nos ha tendido.

He ahí, querido Bonafoux, pintado á la lijera el cuadro que le ofrecí; si de algo peca, es de flogedad en las tintas; y dígame ahora si no merece alguna disculpa Dicenta por haberse dejado arrastrar un instante por la corriente general. Es una lástima, porque era (y yo creo que lo será todavía), de los llamados á salvarse del naufragio en este océano de inmundicia. Pero de todas suertes, es triste esto de que hoy unos, mañana otros, vayan tantos cediendo ó transigiendo, aun cuando esto sirva para avalorar el mérito de los que luchan y se sostienen; pues como dijo nuestro inmortal Ruiz de Alarcón:

Los malos honran los buenos
como honra la noche al día,
que sin tinieblas tendría
el mundo la luz en menos.

Sabe usted que le quiere desde que lo conocí, éste que anda en los periódicos á caza de su firma para aprender algo y admirar mucho.

JOSÉ NAKENS.

LOS DE AYER Y LOS DE HOY

Puede formarse una idea aproximada de cómo estamos, sólo pensando en esto: los hombres de la revolución, Prim, Serrano, Rivero, Zorrilla, Becerra, Carlos Rubio, etc., aparecen hoy á nuestros ojos como héroes legendarios. Hay más distancia de ellos á nosotros, que del Cid, el Gran Capitán y García de Paredes á ellos.

Y se comprende. Ellos, si bien con las modificaciones que los tiempos imprimen hasta en los actos heroicos, conservaban los rasgos característicos de la raza española: el valor, la audacia, la tenacidad; todo lo que nosotros hemos perdido por completo.

Ellos conspiraban constantemente, y si había que salir para el destierro, salían; y si entrar en el presidio, entraban; y si tocaban á batirse, se batían. Llegó un momento en que ninguno de los citados, con muchísimos más, moraban en la Península; y al que estaba, había que visitarlo en la cárcel. De aquí el entusiasmo del pueblo por ellos, y lo dispuesto que se hallaba siempre á seguirlos; de aquí que fuera posible el derrumbamiento de la monarquía secular.

Todos han muerto, pero sus nombres están vivos en nuestra memoria; nos parece que forman parte de nuestra familia. Recientemente ha faltado Zorrilla, Becerra le ha seguido, y á pesar de lo gastados que ambos estaban, cada uno por motivo diverso, al recordar sus hechos anteriores al 68 respiramos por un momento auras vivificadoras de libertad, revolución, patriotismo, algo muy grande que ya sólo sentimos apelando á los recuerdos.

Algunos de ellos hicieron verdaderas locuras por la libertad. ¡Hacer locuras! ¡Hay nada mas hermoso? Benditos sean los locos sublimes que dieron el grito de independencia en Madrid; benditos los que se sublevaron en las Cabezas sin pensar que tenían sobre los hombres una que perder; benditos los Lacy, los Porlier, los Torrijos; benditos, en fin, todos los que por la libertad se han sacrificado en vez de perder el tiempo en mantener fracciones caducas y jefaturas ridículas como los cuerdos de ahora, que sujetan á medida el entusiasmo, á peso el arranque, á cálculo la decisión, y que se pasan la vida en chinchonrías de programas y en buscar oportunidades que nunca llegan.

En menos de tres años hicieron los hombres aquellos lo de Villarejo de Salvanés en Enero, y lo de Madrid el 22 de Junio del 66; lo de Llinás de Marcuello en Agosto del 67, y la revolución en Septiem-

bre del 68, es decir, cuatro movimientos; mientras nosotros en veintidos años, con tanto jefe, y tanta fracción, y tanto comité, y tanto revolucionario, solamente hemos realizado dos, y hace once años que no damos señales de vida.

¿Por qué aquello, y por qué esto? Por que entonces los hombres miraban por su fama y su honor más que los de ahora, y mucho más aun por la patria. De cada uno de los que he citado puede escribirse una biografía revolucionaria que conmueva y admire; pero ¿qué puede escribirse de los tres jefes republicanos desde la restauración acá? De Pi, que ha escrito buenos libros doctrinales y desbaratado un gran partido; de Salmerón, que ha pronunciado elocuentísimos discursos y formado un partido microscópico; y de Esquerdo, que fué amigo leal del Sr. Ruiz Zorrilla y heredó su jefatura... Ninguno de los tres ha sufrido un día de cárcel, ni una hora de destierro, pues si bien el Sr. Salmerón estuvo espatriado unos años, fué por una cuestión universitaria; como catedrático, no como revolucionario. ¿Y qué indica esto? Que nada han hecho por la revolución, pues de hacerlo, el gobierno los habría puesto á buen recaudo.

Por estas razones y algunas que callo para no molestarles mucho, nadie extrañará que les grite: «¡Seguid, seguid al frente de vuestras infecundas y perjudiciales fracciones!» Y á los que les hacen coro: «¡Conservad esos heroicos jefes, esos abnegados patriotas, esos hombres indispensables, de los que sólo puede decir hasta ahora la historia: «Nada hicieron» Metedlos en un fanal para que no les dé ni el aire, y, arrodillados, cantad sus alabanzas:

¡Oh, qué gran escritor!
¡Oh, qué gran orador!
¡Oh, qué gran corazón!»

Que á compás de vuestro cántico España acabará de arruinarse y, no ya cantando, sino con tono despreciativo, os contestará:

«¡Oh qué grandes imbéciles!»

CONFIANZA EN TODOS

Para procurar el advenimiento de la República, (lo he dicho varias veces), me uniría con mi mayor enemigo. Si resultare después que faltaba á su compromiso, me separaría de él y seguiría mi camino.

Si algunos de los que han pactado la fusión en Reus no tienen fama de revolucionarios, maldito lo que me importa; las circunstancias, que los han traído á la fusión, les obligarán á adquirirla. Y diré más; me fiaría de ellos mejor que de los que nos están hace años trayendo la revolución, sin perjuicio de acudir á las elecciones cada vez que ocasión se les ha presentado; como creería más que en Pi en el propio Cánovas, si mañana se declarase revolucionario. Del uno sé que contribuyó eficazmente á perder una República que no había traído; del otro, que ha conservado una restauración que contribuyó á traer; de Pi, que ha dejado pasar veintidos años sin derribar una monarquía débil; de Cánovas, que derrocó á los seis una revolución potente. Paréceme que esto es bien claro.

Al que nada ofreció nunca, nada se le puede pedir; pero sería injusto desconfiar de él sin pruebas el día que ofreciese algo. Al que ofreció mucho, y constantemente, y jamás cumplió nada, aparte del derecho de echarse en cara, queda el de no creerle. Tampoco esto es turbio.

Hay ejemplos innumerables de que suelen hacer más los que menos ofrecen, y de que los enemigos de una idea son al fin los que la implantan. El día que el general Serrano, vencedor el 22 de Junio de 1866, les dijo á los progresistas: «con vosotros estoy», debieron rechazarle con arreglo á ese criterio estrecho; y hubieran obrado muy mal, porque les traía la revolución que ellos no habían podido hacer.

Hay un ejemplo más pertinente: el del Sr. Ruiz Zorrilla. No era republicano, y tanto no lo era, que el mismo día que abdicó D. Amadeo habló contra la República. ¿No hubiera sido una torpeza y una injusticia desconfiar de él cuando vino á levantar el espíritu revolucionario?

Por lo tanto, dejémoslos de juzgar á priori á los hombres que, sin haber alardeado jamás de revolucionarios han venido á una fusión que es *revolucionaria*, y hagamos que se guarden su segunda intención, si es que la traen (que no lo creo, pues sería una torpeza), contraria á la del pueblo; que esto es lo racional y lo político, y no el chillar, repudiar y escupir por el colmillo.

Las patentes de revolucionario se dan en las barricadas, en el campo, en el presidio, en el destierro, ó en el cementerio; y como los que ahora las exhiben no han ido por ellas á esas oficinas (salvo honrosas excepciones), carecen de autoridad para negársela á nadie.

Y conste que no niego la buena intención ni el recto propósito de ninguno; creo que casi todos los que se la echan de revolucionarios son capaces de demostrar que merecen ese dictado, y de hacer cuanto puedan; pero á la vez creo que aislados pueden muy poco. Y me fundo en esto: si pudieran ¿no habrían traído ya la República?

MÁS SOBRE LO MISMO

¿A qué perder el tiempo en divagar y discutir? La cuestión se reduce sencillamente á esto.

¿Tienen los progresistas y los disidentes de Pi dinero? Pues á comprar armas.

¿Las tienen ya? Pues á organizar unidades tácticas para entregárselas en el momento oportuno; hombres no faltan.

¿Tienen generales? Pues á buscar regimientos. O viceversa. Y á fraguar un plan en que entren el ejército y el pueblo.

¿No tienen nada de lo que he dicho? ¿Son ricos únicamente de frases rimbombantes: «el pueblo está con nosotros», «la monarquía se derrumba», «la revolución llama á las puertas»? Pues á callar entonces, que frases por el estilo á todos nos sobran.

Veintidós años de prodigarlas sin resultado, nos han convencido de que la revolución no viene porque se la pregone, se la invoque, ó se la llame. Para la revolución hace falta dinero, fusiles, cañones y el consonante: de esto sospecho que no andaríamos mal, llegado el caso; mas faltándonos lo otro, sólo serviría para ir al sacrificio, muy heroicamente, sí, pero muy neciamente también.

Hay que dejarse, pues, de intransigencias que á nada conducen, y fusionarnos para que vengan á nosotros los elementos que nos faltan, y que no vendrán, como no han venido hasta ahora, si ven que continuamos desunidos.

Todo lo demás, «nuestro revolucionario partido», «nuestra gloriosa bandera», «nuestro salvador programa», «nuestro ilustre jefe», son frases huecas, sin sentido real. Comencemos á ser serios suprimiendo las para que los monárquicos no se rían más de nosotros, y dediquémonos á buscar lo que he dicho; pero tan en secreto, tan en silencio, que la monarquía sienta el golpe antes que el amago.

De no obrar así, de continuar con los partiditos, y con los programitas, y con los jefecitos, y con las divisiones de héroes y de cobardes, de hombres de talento y pueblo ignorante, de revolucionarios y legalistas, renunciemos á ver implantada la República.

Resumiendo:

¿Hay dinero, fusiles, regimientos y generales? Pues á obrar y callar.

¿No hay más que palabras de relumbron desgastadas por el uso? Pues á callar y á fusionarnos para romper con un pasado de torpezas, debilidades y mamarrachadas.

Esto aconseja Don Buen Sentido, y esto debemos hacer, á menos que hayamos roto definitivamente las relaciones con ese señor.

CRÓNICA

—Ruiz Contreras—me decía un amigo—es entre toda la generación nueva el más laborioso, el que toma más en serio el arte, el más formal en cumplir los compromisos de la amistad, el más serio.

Es verdad. Yo no admiro á Ruiz Contreras como literato; yo no le digo que es un crítico profundo, que es un novelista portentoso (y después le pido cinco pesetas). No le adulo; en otra parte—Ruiz Contreras lo sabe—he tenido ocasión de decir lo que me parece su modo de pensar y hasta qué punto me gusta su prosa; pero sin admirarle declaro que pienso como mi amigo.

Porque *Palmerin de Oliva*—como familiarmente le llaman sus amigos... y se llama él, ó se llamaba *in illo tempore*—es ante todo un obrero, un hombre que tiene lo que falta á la juventud bohemia: voluntad, entusiasmo, fe.

Y tener voluntad, es decir, amor al trabajo, cariño á realizar toda idea grande, generosa, vale hoy tanto como tener genio.

No conozco escritor que trabaje más que el autor de *Los Vencidos*. Publica cuentos, obras de crítica, folletos de polémica... todo por «amor al arte». Porque Ruiz Contreras, más que profesional, es un dilettante que no se preocupa ni tiene porque preocuparse (¡feliz mortal!) del público que paga, y de ahí su escasa popularidad á pesar de sus muchas obras.

—Como este folleto—decía á propósito de *Tres moradas*—pienso publicar uno todos los meses, hablando de literatura, de arte, de asuntos de actualidad, de mil cosas.

Y lo publicará.

Ruiz Contreras encuentra placer escribiendo... á su gusto. Tiene una gran biblioteca—más por lo bueno que por lo mucho;—escribe en un confortable estudio lleno de cuadros, armas, curiosidades artísticas—las cuartillas de *Juan José*, ediciones preciosas, autógrafos;—lee las más famosas revistas del extranjero; compra los libros nuevos que le gustan... ¿Qué más puede pedir un amante de las letras? Rodeado de tales comodidades no es extraño que uno sienta amor al trabajo, y escriba, como Ruiz Contreras, volumen tras volumen, que él tiene la dicha de editarse, de ser su auto-editor, que diría mi amigo Verdes Montenegro.

De ese modo, hasta Ricardo Fuente, á quien Ruiz Contreras ha llamado... *Voluntad*, se siente un Tostado.

—¡Pero como no quieren ustedes que uno no sea laborioso aquí! ¡Pero me... (aquí su deposición usual) si yo no soy capaz de escribir así veinte tomos sin preposiciones de ablativo!

Lo de las preposiciones lo dice Fuente por Valle-Inclán, el autor de *Epitalamio*, publicado estos días, —un verdadero jefe de obra de estilo (Palomero *dixit*).

Y Valle-Inclán se pone furioso, y dice que Paul-Louis Courier es un melón, y que Balzac es otra hortaliza por el estilo; y entonces Fuente descuelga de una panoplia un trabuco y le fusila simbólicamente.

Porque esto pasa en los *miércoles* de Ruiz Contreras; reuniones bohemias en que se habla de todo, y se exponen programas de estética, y se lanzan anatemas.

Uno defiende la idea, la idea sola, original, vigorosa, potente; otro está por los filigranas de estilo, por la prosa cincelada, elegante, sonora.

Y de estos el autor de *Femeninas*.

—¡Cuatro preposiciones de ablativo seguidas!—grita leyendo un artículo del *Heraldo*.—«Las estatuas de piedra de los reyes de la plaza de Oriente...» ¡Qué escándalo! ¡Horroroso!

Y efectivamente, son un escándalo las preposiciones de ablativo, pero lo es todavía mayor el que la juventud no se «una», no haga algo expresivo, no dé muestras de lucha colectiva frente á los viejos que le cierran el paso, y frente al público ganoso de cosas nuevas.

Ruiz Contreras desea más que nadie esa unión, y más que nadie ha trabajado por crearla. Hizo una revista—la *Revista crítica de historia y literatura españolas*—que si no «llenó el vacío» que debía llenar, el de ser el órgano de la *Joven España*, no fué por culpa de él, que abomina de las grandes firmas y se pone nervioso cada vez que lee la lista de los colaboradores de una nueva publicación—Nuñez de Arce, Balart, Pardo Bazán, etc., etc.

El, *Palmerin*, fué quien hizo aquí de Rodolfo Salís, fundando una especie de *Cabaré* artístico, modesto *Chat Noir* mantenido á su costa, y que se vió abandonado completamente por los bohemios, tan abandonado que el autor de *Historias crueles* no consiguió que la perezosa juventud,—amigos y compañeros,—fuese á su taberna, donde encontraba servicio gratis.

Ultimamente Ruiz Contreras trata de fundar una revista, otra revista, pero de jóvenes, independiente, batalladora, en la que entre todo el que se sienta y piense con originalidad, y en la que llamarse Juan Particular ó Pedro Desconocido no sea obstáculo para publicar un trabajo hermoso.

Yo no sé si *Palmerin* conseguirá su noble propósito. Mucho me temo que tenga que que continuar publicando, solo, sus folletos mensuales.

Tres moradas es el primero de ellos. Pinta en él Ruiz Contreras las casas de Galdós, Pereda y Menéndez Pelayo, en Santander. No es una crítica literaria, ni se las echa Ruiz Contreras en tal trabajo de Pontífice de una estética; es una obra discreta, entretenida, agradable. El autor en prosa correcta, ni magistral ni anodina, pinta cómo viven los indicados literatos, y descubre á través de todas las páginas su admiración por todos ellos.

Yo acompaño á Ruiz Contreras en admirar á Galdós y á Menéndez Pelayo (con reservas), pero en cuanto á D. José María, opino con *Gil Parrado*.

¡Banquete en contra!

J. MARTÍNEZ RUIZ.

ORAD POR LOS VERDUGOS

Arrancad el negro velo que vuestro dolor oculta, honradas viudas de los héroes de Olot, Mayá, Manresa, Cuenca, Cirauqui, Uldecona, Enderlaza, Berga y mil puntos más, cruel y villanamente asesinados por las hordas carlistas.

Regocijáos, desgraciados huérfanos que hambrientos, cubiertos de andrajos y tiritando de frío pedís limosna en la vía pública, llevando en la mano la destrozada gorra de cuartel de vuestro padre fusilado.

Saltad de gozo, ancianos padres de los infelices arrojados á la sima de Igúzquiza por el bandido sin tonsura Rosa Samaniego, ó de los sacrificados cobardemente en Navarra por el bandido tonsurado Santacruz.

Los que en el Asilo militar coméis el pan de la misericordia del Ejército y jamás recibiréis un beso de vuestro padre, de quien solamente conserváis un nombre sin mancha y una espada enmohecida, desechad vuestras penas y quebrantos, enjugad vuestras lágrimas.

La Santa Madre Iglesia ha celebrado hace pocos días en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao y otros puntos solemnes exequias por el alma de los verdugos de vuestros esposos, de vuestros padres, y de vuestros hijos, y debéis asociaros á ellas.

Desde el tigre del Maestrazgo hasta su infame émullo Saballs, toda esa interminable cáfila de criminales sueltos que desde el año 33 acá han sembrado el luto, la desolación y el espanto en España, anegándola en lágrimas y sangre, ha sido responseada ahora por la teocracia.

No puede hacerse mofa mayor de vuestro infortunio, ni abofetear en forma más dura la santidad de vuestros recuerdos, ni profanar de modo más terrible nombres más ilustres.

Mas ¿qué mucho que esto ocurra, si estamos viendo á gobiernos que se dicen liberales alentar, halagar y proteger la tendencia que engendró y desarrolló las guerras civiles sostenidos en este siglo, y perseguir á los que tratan de matar la influencia del clericalismo para que no venga otra vez á dejar más hijos sin padres, más padres sin hijos y más esposas sin esposos?

Dada la tolerancia que con él se tiene y el apoyo que se le presta, lo extraño es cómo no ha arrojado ya á puntapiés de España á todo el que tenga en sus venas siquiera una gota de sangre liberal.

Mas no haya cuidado, que ya lo hará, y entonces sería cosa de escupir en la cara á todos los miserables que inciten al pueblo á luchar contra el carlismo, habiendo sido ellos los que pusieron en sus manos las armas para combatirlos, si no fuera por que ante el carlismo deben olvidarse todos los agravios.

¡Desdichado país este, donde los esfuerzos titánicos de dos generaciones en pro de la libertad pueden ser anulados en veinte años por cuatro apóstatas, cuatro hipócritas y cuatro saltimbanquis! Pero más incomprensible es que aún haya liberales y hasta republicanos que digan, refiriéndose á los carlistas, que hay que respetarlos, para no parecernos á ellos.

La sangre se enciende al oír tal blasfemia.

Es muy fácil á distancia, y cuando no se está constantemente sufriendo la influencia del carlismo, condenar en nombre de la libertad esos actos que al parecer la menoscaban. Pero cuando se vive en las comarcas donde dominan, y se oyen sus amenazas, se saben sus proyectos y se preveen los resultados, nada más difícil que conservar la calma y la prudencia, pues los recuerdos del pasado se unen á las amenazas del presente y se teme por el porvenir.

El liberal que se batió contra los carlistas, el hijo que perdió á su padre, la madre que se quedó sin hijo, lo mismo el que se arruinó, que el que se encontró huérfano, que el que vió deshonrada á su esposa, ¿cómo han de ver con calma las provocaciones insensatas de sus verdugos, lanzadas desde la trinchera clerical? ¿Cómo no han de encenderse en ira al contemplar que todos sus sacrificios han resultado inútiles y toda la sangre derramada infecunda? ¿Y cómo se les podrá censurar por falta de prudencia, cuando tan imprudentemente se les provoca?

Ya han comenzado los chispazos de la guerra que hace tanto tiempo venimos anunciando los que combatimos al clericalismo; si cuando esta-

lle no tenemos un arranque viril que lo domine, lo atemorice ó acabe con él, sin reparar en medios, dispongámonos á morir de asco y vergüenza todos los que nos libremos del puñal ó del cadalso.

OTRO QUE CEDE

La Voz Montañesa se ha separado, si no del partido federal todavía, de la marcha que su fundador Sr. Coll y Puig le imprimió en cuestiones clericales.

Ha llegado á decir, que no encontrando frente á sus derroteros ni cerrándole el paso, ni á la religión ni al clero, PARA NADA LE PREOCUPAN. El argumento es contundente y... risible.

Ha defendido al obispo de Salamanca, diciendo que está en su derecho al pedir que sea separado el catedrático Sr. Dorado Montero, y afirmado que la Inquisición tuvo su razón de ser en su época.

Por todo esto, y por haberse marchado su director, Sr. Castrovido, y el redactor Sr. Molina, ambos federales, encargándose de la dirección un republicano progresista, el Comité federal de Santander ha publicado una hoja haciendo saber á sus correligionarios que *La Voz* ha dejado de ser órgano del partido.

Es de deplorar. Por su constancia y valentía en la defensa de sus ideas, por las brillantes campañas contra el clericalismo, había *La Voz* llegado á tener personalidad propia dentro de la prensa republicana.

La honrada memoria de Coll y Puig merecía que hubiera seguido la marcha que él le imprimió, ó que el último número hubiera ido sobre su féretro.

El clericalismo, que no pudo vencerle en vida, se venga de él en muerte haciendo que *La Voz* se ponga de su parte; pero es un triunfo ficticio: *La Voz* que quedará en la memoria de los republicanos, es la que se publicaba en vida de Coll.

COSILLAS

Ha muerto un republicano cuya amistad envanecía á cuantos se la dispensaba: José Amorós.

De historia republicana llena de sacrificios, anticlerical convencido, inteligente, y ansiando la unión de todos, el ingeniero Amorós era un hombre escepcional tan prudente como enérgico, tan resuelto como callado.

Ha sido una pérdida para el partido republicano, é irreparable para sus amigos.

¡Pobre Amorós! Merecía haber visto la República por cuya restauración tanto trabajó y á la que tanto amaba.

Transcribe *La Publicidad* de Barcelona varios párrafos del número anterior de EL MOTIN, y luego dice:

«No queremos copiar más porque llenaríamos el periódico.

El Motin, como hemos dicho, es revolucionario de veras, sin segunda intención, y manifiesta siempre con una claridad y una honradez que asombra su manera de pensar.

A estas cualidades se une la de su excelente golpe de vista político, como lo demuestra al juzgar el alcance que puede llegar á tener la Asamblea de Reus.»

No acostumbro á copiar los elogios que me dirigen, mas con este hago una escepción por venir de un periódico que ni siquiera cambia con EL MOTIN, y á la vez por que me halaga que se aprecie la única cualidad de que me envanece: decir clara y honradamente lo que pienso.

Y aprovecho la ocasión para repetir, por la vigésima vez lo menos, esto que es ya para mí aforismo incontrovertible:

MÁS REVOLUCIONARIA QUE LA UNIÓN DE LOS LLAMADOS REVOLUCIONARIOS, ES Y SERÁ SIEMPRE LA FUSIÓN DE TODOS LOS REPUBLICANOS.

Los progresistas han publicado una circular: la número 11. En ella declaran que cobran su libertad de acción, una vez disuelta la Junta Central, y se dedican á vigorizar su personalidad política.

Esto va resultando un poco aburrido: lo menos lo han dicho desde la restauración acá veinte veces.

No se engañen: ó hacen pronto un movimiento decente, ó acaban ahora.

El Enano de la Venta se pasó años y años asustando á las gentes al asomar por la ventana su cabezota y exclamar con voz ronca: ¡que bajo, que bajo! El día que hubo un arriero que le dijo: ¡baje usted!, desapareció su aureola de gigante temible.

Voy sintiendo náuseas. Es natural; no se puede impunemente revolver basura.

Desde hace algún tiempo admiro más que antes la grandeza del libro aquel de *Los Miserables* en que Victor Hugo nos describe el viaje de Juan Valjean por el alcantarillado de París cargado con Mario, á quien quería salvar.

Porque algo me ocurre parecido, en mi empeño de salvar la idea del partido único á través de los baches formados por el personalismo, la ambición pequeña, la envidia rastreira y la impotencia que se cree apta para enjendrar.

Y lo peor es que tengo que seguir por este camino hasta que lleguemos al partido único, ó nos hundamos todos en la sustancia que asfixiaba á Juan Valjean en su viaje por el alcantarillado.

Ofenden al pueblo los federales y los progresistas que lo creen capaz de ir á las elecciones. Como ellos lo han llevado varias veces, creen que va á continuar haciendo lo mismo.

¿Ir á las elecciones? En eso piensa. Desdichado el que se presentara candidato; no sacaría seis votos.

¡Las elecciones! Estamos ya muy apartados de aquellos días en que los intransigentes de hoy en este sentido aconsejaban á la regente liar la maleta, únicamente por que el pueblo madrileño había dado 27000 votos á los republicanos; y en que los periódicos progresistas aseguraban que ya no había que hacer la revolución; y en que se perpetraban meriendas patrióticas en la pradera de San Isidro para celebrar el triunfo; y en que se abrían suscripciones para elevar un monumento que conmemorara aquella victoria legalista.

Hoy ya nadie quiere oír hablar de tales ridiculeces, y por esto huelgan las escitaciones en contra del retraimiento.

Los disidentes de Pi y los progresistas entonaron en su velada cada endecha al ejército, que daba gusto. Nadie lo amaba ni lo consideraba como ellos.

¿Por qué lo hicieron? Por comprender que, á pesar de estar dispuestos á sacrificarse por la República, ésta necesita apoyo extraño.

Celebro mucho que los federales se arrepientan de sus ataques al ejército y que los progresistas procuren hacerle olvidar que ellos disolvieron el cuerpo de artillería. Pero vamos á lo que eso significa.

Significa eso, que el ejército tiene que ayudarnos; y siendo así, yo les pregunto: «¿quién inspirará al ejército mas garantía, ¿los disidentes de Pi y los progresistas, por mas revolucionarios que sean, ó la fusión en que se agrupen los hombres mas importantes del republicanismo?»

Ahora, si creen que el ejército no hace falta para traer la República, adelante sin él. Mas en tal caso ¿por qué lo adulan?

No perdamos el tiempo en discutir con quienes están resueltos á no dejarse convencer, y presentemos la cuestión escueta.

Lo de la fusión revolucionaria, inventada por progresistas y disidentes de Pi, es simplemente una mistificación nueva para no disolver sus fracciones.

El pueblo, casi por unanimidad, ha dicho el 11 de Febrero: «¡Abajo las fracciones! ¡abajo los programas! ¡abajo los jefes! ¡Viva el partido único! ¡A la revolución y siga el retraimiento!» Y los señores citados, desentendiéndose de todo lo demás, hacen hincapié en lo del retraimiento únicamente.»

¿Predicar el retraimiento? Bien. Pero al mis-

mo tiempo, abajo todo lo demás para llegar al partido único, base de la revolución.

Y lo que no sea esto, es egoísmo, deseo de que sigan la confusión y el embrollo, es decir, los partiditos.

¿Que dirán y qué harán los progresistas y federales si la Asamblea Nacional proclama la lucha revolucionaria exclusivamente y condena el retraimiento? ¿Disolverán entonces sus fracciones? ¿Exigirán que se una á ellos la fusión, siendo la más genuina y reciente expresión de la voluntad popular? Que contesten.

Hasta ahora fundan su actitud en que la Asamblea puede no ser revolucionaria. Pero ¿y si lo fuese? Están en un terreno muy falso.

El pueblo pide varias cosas, y ellos solamente le dan una: el retraimiento. ¡Vaya un regalo! Le conceden lo que ya tiene por su voluntad firmísima, ¡y creen que va á contentarse con eso!

Los republicanos de la provincia de Pontevedra han unificado las doctrinas y los esfuerzos, constituyéndose en partido único y formulando á la vez un programa de gobierno que desean contrastar en una Asamblea Nacional con los de los demás provincias, para llegar á la constitución de uno común.

Sabido es que creo, hoy por hoy, muy expuesta la cuestión de programas, y por esto me limito á predicar la fusión para ponernos en condiciones de traer la República, mas respeto á los que se preocupan de lo que ocurrirá después, siempre que no hagan de ello un nuevo motivo de división; y en tal sentido aplaudo el buen deseo de los republicanos de la provincia de Pontevedra.

Con el título de *La Caridade* acaba de ponerse á la venta en las principales librerías de Madrid (en un tomo de 290 páginas al precio de 1'50 pesetas), una novela sensacional sobre la guerra de Cuba, original de *Canta-Claro*, en cuya portada el autor ofrece mil pesetas al que descubra la realidad que la simboliza.

Nos ocuparemos de la novela con la atención que merece.

ÚLTIMA HORA

En la inauguración del Casino republicano fué exhibido un revolver, y cruzaron por el salón varias frases medianamente diplomáticas.

Después en la prensa puso como nuevo al director de *La Justicia* el presidente interino, y el director le devolvió el agasajo.

En la noche del jueves se verificó otra sesión, y hubo protestas, gritos, insultos, denuestos; palos, bastones y sillas por el aire; un presidente que al comenzar la sesión sacó un revolver y lo colocó sobre la mesa; palos al presidente; seis heridos que fueron á la casa de socorro; doce ó trece que se calcula que fueron á curarse á las suyas; puerta cerrada por el delegado de la autoridad; individuos presos, é intervención del juzgado de guardia.

Esto, tan vergonzoso, es el resultado lógico de la división que viene dominando desde hace tantos años; de esas fracciones, de esas jefaturas y de esos programas que á toda costa se quieren mantener; de las envidias y rencores que nos trabajan.

Ahora se comprenderá la razón de la campaña que vengo sosteniendo para que las jefaturas, programas y fracciones acaben; ahora quedará patente que estamos viviendo de mentiras convencionales; ahora enmudecerán, si tienen un resto de dignidad, los miserables que me han combatido por descorrer una parte, sólo una parte, del velo que ocultaba nuestras miserias.

Y ahora se convencerán todos de que EL MOTIN es solamente una cámara oscura de superior calidad que reproduce las figuras, y que no tiene la culpa si resultan deformes ó feas. Y eso que las retoca cuanto puede para que parezcan mejor de lo que en realidad son.

Digamos con el poeta:

Oculto río de cieno,
¡bajo cuánta flor corrias!

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.